

MUNIBE (San Sebastián)
Sociedad de Ciencias Naturales **ARANZADI**
Año XXIII. N.º 4. 1971. Páginas 497-505

Como se deforma una figura. Juan Guillermo Thalacker y las minas romanas de Oyarzun.

Por RICARDO IZAGUIRRE †

En el cultivo de determinadas disciplinas, y, muy en especial, en el estudio de nuestro pasado, tropiézase, de vez en cuando, con algunos conceptos, a los que un proceso de irreflexivos asensos, y reiteradas copias, llega a infundir tal firmeza que parecen incommovibles. Tal sucede, entre otros, con el binomio Thalacker-Arditurri, con casi un siglo de existencia, y que vamos a analizar.

Porque, en torno a este episodio de nuestra historia minera, surgen tres problemas. Uno, el del protagonista: ¿quién era Thalacker? Otro, el de la fecha: ¿cuándo tuvo lugar el hecho que nos ha sido transmitido? Y, por fin, un tercero, el del lugar: ¿penetró, en efecto, Thalacker en las entrañas del macizo de Aya, por Arditurri, como se insiste? ¿Llegó a conocer el paraje cuyo topónimo se acopla a su apellido?

Estas son las interrogantes que, lógicamente, brotan al enfrentarnos con el suceso. En las siguientes líneas, sólo trataremos de iniciar su esclarecimiento, y jalonar los rumbos que nos lleven a la posesión de la verdad.

Cuatro años de vida contaba la revista «Euskal-Erria», fundada y dirigida por el vascófilo donostiarra José de Manterola (1), y aceptada con general aplauso en todo el País Vasco, cuando uno de sus colaboradores, el cultísimo laburdino, el anciano capitán Duvoisin (2), auxiliar del príncipe Luis Luciano Bonaparte, halló, al ordenar sus papeles, una relación escrita en francés, y firmada por J. G. Thalacker. Este describía en ella, una exploración, por él practicada, de unas antiguas galerías mineras del macizo del monte de Aya, aventura que, convirtiéndose en drama, a pique estuvo de finalizar en tragedia.

El director de la revista, Manterola, creyó original aquel texto francés, y, con su fino y culto sentido periodístico, publicó íntegra la narración, que estimaba completa. El mismo se encargó de su traducción al castellano, para ofrecer, simultáneamente, ambas versiones, en sen-

(1) Sorarrain (G. de). «Catálogo de Obras Euskaras». Barcelona, 1891. Pág. 405.

(2) «Euskal-Erria». Tomo VIII (1.º semestre 1883). Pág. 149.

das columnas yuxtapuestas, para su mejor cotejo. Esta importancia, concedida a su divulgación, denota el desconocimiento que en la época existía de explotaciones romanas en aquella zona, y, en particular, de aquella prospección.

Pero, divulgado el suceso, surgieron detalles que colocaban la escalofriante travesía subterránea, en su verdadero marco. Como ampliación a su anterior envío, el capitán Duvoisin (3) aclaró al periodista donostiarra, que el traslado al francés se debía al barón De Vallier, lugar-teniente del Rey en Navarrenx, y basado en un original, en castellano. aparecido en un periódico de Madrid, titulado «Variedades de Ciencias» (4).

También, por entonces, se supo que nuestro paisano, el ingeniero de minas don Ignacio Goenaga, jefe, durante muchos años, del distrito minero en San Sebastián, poseía una copia del artículo entero de Thalacker, que puso a disposición de la revista donostiarra (5). Merced a esta amabilidad, pudo publicarse el nuevo fragmento, en mayo y junio de 1883, y completarse así el trabajo iniciado en el mes de febrero de aquel año.

Lustros más tarde, era uno de los organismos más activos de Guipúzcoa, la Comisión Provincial de Monumentos, integrado, entre otras personalidades, por el académico de la Historia, general Gómez de Arceche, y los señores marqués de Seoane, don Joaquín Pavía, don Rogelio Gordón, don Pedro Manuel de Soraluze y don Antonio Arzac, director de la mencionada revista, desde el fallecimiento, en 1884, de don José Manterola.

La intervención de éste había colocado en plano de actualidad aquella aventura, ocurrida casi un siglo antes, y de la que el tiempo borró hasta el recuerdo del eco que en su época pudo tener. La referida entidad trató de ello, y de vestigios romanos de la comarca de Oyarzun, en reiteradas ocasiones. Finalmente, en 1897, decidióse investigar concretamente en aquel punto. Para ello se requirió el asesoramiento del ingeniero de minas don Francisco Gascue, director en Guipúzcoa de la Real Compañía Asturiana de Minas, quien se brindó como guía en una excursión a los yacimientos de Ardi-iturri, trabajados por ésta (6). Así, comenzó a formarse el binomio aludido al principio. Con tal valioso conocedor del terreno como asesor, el 25 de octubre de aquel año, los miembros de aquella comisión señores marqués de Seoane y Soraluze, conservador éste del Museo Histórico Arqueológico Municipal, recorrieron parte de las galerías antiguas de la explotación.

Al final de la jornada, el marqués rogó al señor Gascue, resumiera en un trabajo las consecuencias que de sus observaciones pudiera deducir, acerca de tan notables labores subterráneas, y la posibilidad de su origen romano.

El resultado fue una memoria, no muy extensa, escrita aquel mismo año, en Rentería, sede de la Real Compañía, y publicada, once años más tarde, en la «Revista Internacional de Estudios Vascos» (7), y, aún siete años después, en el «Boletín del Instituto Geológico de España» (8). Predomina en la exposición, el aspecto técnico de las obras ejecutadas en la galería del filón que examinaron, an el paraje llamado «Ardi-iturri», en las concesiones mineras de la Real Compañía Asturiana de Minas.

Al redactar dicho trabajo, parece se ignoraba el relato de Thalacker, cosa extraña a los catorce años de su publicación, en un grupo tan vinculado a la revista «Euskal-Erria», y tan interesado por la arqueología guipuzcoana. Sin razonar sus motivos, el autor asegura el carácter romano de las labores examinadas, y con el plano general de las galerías a la vista, en su propio despacho, conjetura se extraerían de éstas, más de dos millones de metros cúbicos de materiales. Como postrer resultado de sus cálculos, el señor Gascue agrega (9): Supongamos que

(3) «Euskal-Erria». Tomo VIII. Pág. 446.

(4) «Variedades de Ciencias, Literatura y Artes». Tomo IV. Imprenta Benito García y Compañía. Madrid, 1804,

(5) «Euskal-Erria». loc. cit.

(6) «Euskal-Erria». Tomo XXXIX (2.º semestre 1898). Pág. 492.

(7) F. Gascue. «Los trabajos mineros de Arditurri (Oyarzun)». Riev. II (1908), pág. 465.

(8) F. Gascue. «Los trabajos...» (Bol. Inst. Geológico España. 1915. T.º XXXVI-XVI de la 2.ª serie)

(9) F. Gascue. Op; cit. (Boletín, pág. 225). Riev. 1908. Pág. 470.

un obrero arrancase al mes cuatro metros cúbicos de roca de galerías y pozos, o de mineral con sus gangas. Con 200 obreros se arrancarían 800 metros cúbicos mensuales, o sea, 10.000 al año, en números redondos. Se habrían invertido por tanto doscientos años en hacer las excavaciones de que nos ocupamos.

«Y como a 200 obreros ocupados en las perforaciones corresponderían otros tantos empleados en sacar a hombros el mineral y en varias faenas, bien puede afirmarse sin incurrir en nota de exageración que con 400 hombres, trabajando constantemente, se necesitarían los doscientos años mencionados para llevar a cabo los trabajos mineros objeto de esta nota.»

Recordemos, como curiosidad, el cómputo formulado por Thalacker, casi cien años antes (10): «Si se considera la dureza de la roca; y la inmensidad de los trabajos que he observado en esta mina, auguro, por un cálculo aproximado, que seiscientos hombres trabajando diariamente durante el espacio de doscientos años no hubieran podido hacer todas estas excavaciones.»

Elevóse aquel escrito a consulta del P. Fita, quien hizo ver la necesidad absoluta, para una respuesta categórica, del estudio de monedas u otros objetos que hubieran podido encontrarse en las excavaciones (11). A esta advertencia, respondió, el ingeniero señor Gascue, con otra nota, más breve, redactada ya en San Sebastián, once años después de la primera.

En ella, como dedicada al P. Fita, se concede particular relieve a los hallazgos habidos en la mina: las herramientas y monedas recogidas por la familia Sein, durante dos o tres generaciones, y que, poco a poco, fueron dispersadas. Y transcribe las referencias de Thalacker sobre sus descubrimientos de monedas, añadiendo otro párrafo de éste, que no publicó Manterola, acerca de una pieza más, encontrada en otro pozo.

Porque, aquí ya se declara la existencia del predecesor (12): «Muy poco tiempo después de haber yo visitado las excavaciones vino a mis manos un librito titulado: «Variedades de Ciencias, Literatura y Artes». Y prosiguen unas frases que constituyen el punto de arranque de la desfiguración del protagonista de la aventura, y primer analizador de aquella arqueología subterránea. Cierto es que, con lo poco que acerca de este autor se desprende de su escrito, no es fácil reconstituir su personalidad. Pero, tampoco da ocasión a desnaturalizarlo.

Tan sólo, alguna alusión a las muestras que depositó en el Real Estudio de Mineralogía, en Madrid (13), permite entrever contactos con el Museo de Ciencias, lo que constituye una orientación.

Manterola tampoco logró formar un juicio aproximado a este respecto, y, al referirse a Thalacker, se limita a asignarle epítetos banales (14), tales como «sabio», «inteligente extranjero», que nada concretan pero nada comprometen, y a anteponerle la abreviatura «Mr.», que ésta sí, puede inducir a error acerca de su nacionalidad. Pero, este detalle, es sólo el comienzo del proceso deformativo.

Porque el señor Gascue continuaba (15): «...escrita por el ingeniero extranjero D. Juan Guillermo Thalacker, comisionado por una empresa formada con capitales mejicanos, si no estoy mal informado, para explorar nuestro país y trabajar en él los criaderos susceptibles de ser explotados con utilidad».

Pero, estampaba en la página siguiente (16): «No tengo noticias personales de Thalacker. Probablemente, antes de venir a España, habría ejercido su profesión de ingeniero en Méjico, país adelantadísimo en minería por aquel entonces. Parece indicarlo así el lenguaje, y ciertos vocablos por él empleados, como *salvillas* y *tiestos*, cuya aplicación a enseres de la mine-

(10) J. G. Thalacker. «Visita de... a las minas del monte Aya en 1804». (E. E. VIII. Pág. 154)

(11) Gascue. Ibid. Pág. 226. Riev. II. P. 271.

(12) Gascue. Ibid. Pág. 227. Riev. II. P. 271.

(13) «E.E.». T.º VIII. Pág. 502.

(14) «E.E.». T.º VIII. Págs. 149 Y 446.

(15) Gascue. Ibid. Pág. 227. Riev. p. 471.

(16) Gascue. Ibid. Pág. 228. Riev. p. 473.

ría no se explica. Acaso los tiestos fueran vasijas pequeñas para tener agua.»

Parécenos un poco ambicioso, pretender, en el estilo y léxico empleados por un extranjero en un artículo, distinguir si éste ha sido influenciado por el modo de hablar mejicano, cuando ha podido recibir el influjo en sus estancias en tierras de Andalucía (17). En cuanto al léxico, las palabras *salvillas* y *tiestos*, llaman la atención del glosador porque no ha prestado atención al contexto del párrafo completo en que las menciona (18): «Hallé también muchos fragmentos de escudillas, platos, salvillas, etc., de barro encarnado... He visto algunos tiestos como éstos en diversos gabinetes particulares.»

Así, «tiestos» pierde su sentido de vaso de tierra para plantar flores, y adquiere el del «tesson» francés, también en castellano, trozo más o menos grande de cerámica, que es lo que probablemente se quiso significar.

Choca un poco esa procedencia americana atribuida al personaje, tan a contracorriente de los movimientos migratorios de la época, y admitir que dejara un país riquísimo en minas, para venir, con su empresa, a una tierra en que éstas eran muy escasas, según propia declaración de Fausto Elhuyar, poco antes de trasladarse, precisamente, a Méjico (19).

Cuantos han tratado del caso, se han atenido a la conjetura, con visos de certidumbre, del señor Gascue. Pero, con el prurito de ceñir aún más la supuesta realidad, han exagerado la desnaturalización del protagonista. Como la calidad de ingeniero no debió parecer bastante concreta, la especializaron, naturalmente, en minas. Recordando que el primer texto apareció redactado en francés, y sin parar mientes que ello fue debido a una traducción, lo inscriben como súbdito de esta nación. Finalmente, en fechas no lejanas, en un diario local aparecía un resumen de la ocurrencia histórica, y se afirmaba que «don Guillermo Thalacker, ingeniero a sueldo de una compañía mejicana, vino a España dispuesto a dar con algo que valiese la pena para mejorar sus fondos en combinación con la compañía que representaba».

Los comentaristas, en su afán de dar con la verdad, se alejan cada vez más de ella. Para buscarla, conviene hurgar en tiempos precedentes al primer examen de las galerías oyarzuarras, y según los atisbos que contiene la narración.

Por aquellos años, con el auge que, apoyado por el entusiasmo del monarca, adquiría el Real Gabinete de Historia Natural, de Madrid (20), por el aumento de las prospecciones científicas en la península, y el acopio de productos naturales de América reunidos en él, la noticia de la esplendidez con que todo esto se realizaba, trascendió las fronteras. Fueron numerosos los estudiosos extranjeros, en especial franceses y alemanes, que se brindaron al naciente museo, bien ofreciendo su saber y trabajo personales, o proponiéndole en venta sus colecciones particulares. A algunos, les fueron aceptadas las dos formas. Así, a los hermanos Heuland, alemanes, de quienes se adquirió una colección de producciones americanas, que, paralelamente a las que nos llegaban enviadas por los representantes de nuestro soberano en aquel continente, empezaban a diseminarse por las cortes extranjeras. Ambos fueron también incluidos en la plantilla a las órdenes del museo.

Otro tanto ocurrió, con otros dos alemanes, también hermanos, los Thalacker, Juan Guillermo y Enrique, que llevaban varios años de permanencia en España, y relacionados con aquella entidad cultural, ya que en 1786, ésta les adquirió, por compra, una colección, no muy importante, de minerales (21). A mediados de 1793, ofrecieron su trabajo directamente a Godoy, y, con informe favorable del vicedirector don José Clavijo, fueron contratados como recolectores (22). Salieron, en primera misión, a recorrer el Guadarrama, y comarcas próximas, para

(17) Thalacker. E.E. VIII. Pág. 476.

(18) Thalacker. E.E. VIII. Pág. 475.

(19) En carta de 15 de enero de 1784: «Je suis comme mon frère la partie des mines, mais comme il n'y a pas presque point dans ce pays-ci, je m'occupe principalement de la Chimie, et je vais travailler maintenant a l'analyse des minéraux...».

(20) P. A. J. Barreiro O. S. A. «El Museo de Ciencias Naturales. Madrid, 1944. p. 52.

(21) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 88.

(22) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 56.

lo que se les adelantaron 30 doblones. A su regreso fueron recibidos con desagrado por Clavijo, que alegaba proceder el material recogido de localidades conocidas, de las que existían ya muestras en las colecciones. Pero los Thalacker, que se encontraban en precaria situación, mostraron su disgusto. Además, uno de ellos, en La Granja de San Ildefonso, había sido atacado por tres salteadores, que, con una piedra le golpearon, rompiéndole cinco dientes, dejándolo por muerto, tras arrebatarle el reloj y cuanto dinero llevaba (23).

Este fracaso parece mantener a los dos hermanos algo alejados del Real Gabinete de Historia Natural, pero sin romper por ello los contactos. De Enrique no vuelve a tenerse noticia.

Otro colector, alemán también, Christian Herrgen, tuvo más suerte al descubrir unas piedras raras, como la venturina, no lejos de Madrid, lo que le proporciona el ser acogido bajo la protección del mencionado vicedirector, que le encomienda la traducción de la «Oritognosia», de Wiedesmenn (25), y, más tarde, le nombra profesor de mineralogía.

La notoriedad de nuestro primer centro científico de historia natural, promovió, en análogas esferas del extranjero, gran demanda, de elementos naturales, en intercambio. Destacábanse entre estos solicitantes, el Gabinete de Curiosidades y de Historia Natural de S. M. el rey de Dinamarca (26); el conde Apolos Poushkin, gentilhombre de cámara del emperador de Rusia (27), que prometía, como permuta, bellas producciones del imperio; y del Gabinete del rey de Prusia, interesado por determinados productos de nuestra minería, entre ellos por muestras de galena de Mondragón (28).

Para poder corresponder a esta demanda, sin merma de las colecciones conservadas, el ministro de Hacienda, don Francisco de Saavedra, cursó, en 1795(25), una circular a los centros mineros, recabando el envío, al Real Gabinete, de muestras de sus extracciones, los ejemplares más perfectos y característicos que obtuvieran. Al mismo tiempo, se incrementó la recogida de materiales, por parte del personal afecto al servicio del museo.

Como los colectores Francisco Javier Molina y los hermanos Heuland (30) habían cruzado el Atlántico, para desempeñar igual función en el Nuevo Continente, Juan Guillermo Thalacker recibió, en 1799, la orden de viajar para buscar minerales (31), y a la par, examinar aquellas minas que no se administrasen conforme a las normas establecidas, y trabajaran en mé-noscabo de la Real Hacienda.

Aquel mismo año, en septiembre (32), un real decreto determinaba la publicación de un periódico que, no sólo presentara a los nacionales los descubrimientos hechos, y que fueran haciendo los extranjeros, sino también los que sucesivamente se hicieran en España, en mineralogía, química, botánica y otras ramas de la historia natural. Habría de estamparse en la Real Imprenta, y llevaría por título el de «Anales de Historia Natural».

En su primer fascículo (33), aparecido en octubre, se englobaban, entre otros, dos trabajos de Herrgen, uno de Cavanilles, otro de Proust, y dos de Thalacker. Dos meses después, en diciembre, salió el siguiente, y hasta 1804 prosiguió la publicación, sin gran fijeza de ritmo. Juan Guillermo Thalacker, que, como colector, se hallaba viajando por España, enfrascado en su misión, no parece remitió colaboración alguna a los siguientes números de los primeros «Anales». Porque esta publicación, a principios de 1801, sufrió un cambio, y trocó su título de «Anales de Historia Natural», por el de «Anales de Ciencias Naturales» (34), para dar cabi-

(23) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 57, en nota.

(24) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 78.

(25) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 79.

(26) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 66.

(27) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 81.

(28) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 97.

(29) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 73.

(30) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 64.

(31) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 84.

(32) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 84.

(33) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 85.

(34) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 94.

da en ellos a estudios de física y astronomía.

Del itinerario seguido por Thalacker en este período, tenemos dos puntos bien determinados: el de las minas de cinabrio de Riomonte, jurisdicción de Villarello, en Lugo, próximas a Piedrafita del Cebrero, en octubre de 1803, y, muy poco después, el de las minas de la Peña de Aya.

Entre los contadísimos documentos, del archivo familiar, que han llegado a mis manos, figura casualmente uno, relacionado con el hombre de ciencia que nos ocupa. Es un informe, firmado por el mismo Juan Guillermo Thalacker, en el que da cuenta de su visita a una mina de cinabrio —mineral que, con la platina, se hallaba entonces en auge— mal explotada, por una compañía, casi unipersonal, que exportaba sus productos al extranjero por el puerto de Vigo, en perjuicio de la Hacienda real. Como colofón, proponía posibles soluciones a las dificultades surgidas. Iba el escrito dirigido al Excmo. Sr. D. Miguel Cayetano Soler, secretario de Hacienda, desde que, un par de años antes, sustituyó en el cargo a D. Francisco Saavedra, enfermo y retirado en Sevilla, su ciudad natal.

El paso de este papel, que se convirtió en borrador por las múltiples enmiendas introducidas en su texto, al archivo particular de Parga, es fácil de explicar. En la misma provincia de Lugo, donde había nacido, tenía su casa don Jacobo María de Parga y Puga, que, al frisar la treintena, poseía ya una de las mejores colecciones de minerales de España (35). Sumamente versado en esta disciplina, muy pocos años después ingresaba en la Academia de Ciencias de Baviera, y, casi al mismo tiempo, en la Real Academia de Medicina de Madrid. Estrechamente relacionado, de años antes, con el Real Gabinete de Historia Natural, al finalizar la guerra de la Independencia, fue designado para una de las dos vocalías de su Junta de Protección (36).

Estos datos, al señalar la coincidencia de inclinaciones hacia la misma ciencia, análogo conocimiento práctico de ella como coleccionistas, y el muy parecido enlace, intelectual y material, que los dos tenían con el Real Gabinete, permiten entrever una conexión entre ambos estudiosos, Parga (30) y Thalacker, al examinar las minas lucenses. Y, pensar que, después de rubricado el informe por el segundo, el 18 de octubre de 1803, las enmiendas fueron aconsejadas por su colega y asesor, poco después vocal de la propia Junta del Museo, futuro presidente de la Junta de Arreglo del Ramo de Minería, y, más tarde, ministro del Supremo Consejo de Hacienda (38). Aquí pudiera radicar el motivo de que aquel borrador se encontrara, más tarde, entre los papeles archivados por el sobrino de Parga, don Antonio Vicente del mismo apellido, jefe político de Guipúzcoa, a mediados del pasado siglo.

En su expedición, tras este episodio de las minas de cinabrio, el colector alemán hubo de trasladarse a la zona de Oyarzun a examinar las explotaciones en curso y sus futuras posibilidades. Desde fines del siglo XVII, por lo menos, se trabajaba la mena negra de las peñas de Aya, aunque con escaso resultado. En 1752 el Ayuntamiento del Valle denunció aquellos yacimientos, por hallarse abandonados hacía más de cuarenta años (39). Las catas y sondeos debieron ser numerosos, según los vestigios que perduraron. Como la practicada en 1754 por una compañía francesa, a la busca de plomo, en la ladera oriental de Gaztelu, e inacabada por desánimo (40).

Por los años de 1780, las prospecciones que en aquellos contornos se realizaron, dieron como resultado el hallazgo de una mina de plomo, cuya explotación solicitó, en 1790, el ferón oyarzuarra José Antonio Sein (41). Al año siguiente le fue expedida la oportuna licencia

(35) Esta colección fue cedida por su propietario al Museo para instrucción del pueblo, durante una ausencia suya de seis años, a que le obligó una misión en París, encomendada por S. M. Incrementada con el tiempo, llegó a constar de 5.207 ejemplares, y al morir don Jacobo de Parga fue adquirida por el Museo en la suma de 71.510 reales. El P. Barreiro califica la colección de numerosa y selecta. (Op. cit. Pág. 114).

(36) Arch. Parga y P. Barreiro. Op. cit. Pág. 147.

(37) Al referirse a don Jacobo María de Parga y Puga el historiador don Rafael Altamira lo hace con frase elogiosa. (R. Altamira. «Historia de España y de la civilización española». T.º IV. Pág. 350.)

(38) Datos archivo Parga.

(39) Archivo Municipal Oyarzun. (Sec. A. Neg. 8. Lib. 1. Exp. 2).

(40) «E.E.», VIII. Pág. 505.

(41) Arch. Prov. Guipúzcoa. (Sec. II. Neg. 20. Leg. 29).

real (42). Emplazó los obradores de fundición en un lugar denominado Artasoro, e inició la perforación principal del monte, junto al río del mismo nombre. Aquí, al profundizar los trabajos, cuatro años después, un barreno puso al descubierto una hoquedad inundada, en la que desembocaba una galería de viejas labores.

De las referencias que de sus andanzas por el campo de operaciones del oyarzuarra ferron, publica Thalacker, parece deducirse que aquéllas tuvieron lugar al nordeste del peñas-cal de Aya, en la cuenca del arroyo Endara, al que vierte sus aguas la Arriko-iturri. Es decir, en rumbo diametralmente opuesto a la localización que, con respecto a aquellas cumbres, tiene Ardi-iturri, la fuente ovejuna que constituye el segundo término del binomio estudiado. Entre las ondulaciones de aquella vertiente, a través de una exigua abertura, y en compañía de un obrero de Sein, penetró el curioso colector alemán en las interioridades de aquel macizo. Horadado en todas direcciones, como un gigantesco hormiguero, subterráneos pasillos tienen acceso por múltiples entradas, abiertas a rumbos diversos.

En dicho escrito, en el que no se menciona, ni una sola vez, el topónimo Ardi-iturri, se reflejan las impresiones de quince horas de marcha por las entrañas del monte. De ellas, nueve en la más completa obscuridad. Pero, no obstante esa caminata, el alemán y su acompañante apenas se alejaron de la ladera que les sirvió de entrada, pues, finalmente dieron por casualidad con la misma boca por la que penetraron bajo tierra.

A su juicio, serían precisos no quince horas, sino ¡quince días! para recorrer cuantas galerías, esta primera, y anormal, inspección permitió entrever.

Cumplida la primera parte de su gestión, cuyo descargo es de presumir fuera remitido directamente al Secretario de Hacienda, don Cayetano Soler, Thalacker continuó su labor. Como el ferrón beneficiario de la Real cédula de autorización, pretendió, al dirigirse a la Provincia (43), ampliar su concesión aquél extendió su inspección a otros yacimientos de la zona, cruzada por seis filones casi paralelos, de galena común, plomo y hierro, en Arrico-iturria, Gaztelu, Beistegui, Burueta, Unza y Larrainzar. Al margen de esta posible labor fiscalizadora amplió sus estudios y ensayos por los bancos arcillosos próximos al pueblo, como la roja de Aldaco, y la piedra de fragua, armaria o tosca, en terrenos del caserío de Albístur, en Karrika. Estos menesteres parece le ocuparon parte del invierno de 1803 a 1804, y regresó a Madrid en este mismo año.

En la capital encuentra novedades. Al museo ya no acudía, por enfermedad, su director Clavijo, que moría dos años después (44); y, en el anterior mes de mayo se había publicado el fascículo 21 de los «Anales», el último de aquella época (45).

Thalacker, que, al margen de los resultados científicos y administrativos de su viaje, reconocía el interés arqueológico —e histórico en esta zona norteña— de sus descubrimientos del monte de Aya, quedó contrariado por esta funesta coincidencia. No podía, para recabar méritos, presentar aquel hecho ante la dirección del Real Gabinete, y, a los escritos que fueron su consecuencia, parece les estaban asignados los anaqueles del Real Estudio de Mineralogía, al frente de cuya gestión se encontraba un compatriota suyo, Christiano Herrgen (46), el protegido de Clavijo. Allí, sin nadie que los atendiera, acabarían perdiéndose entre los legajos empolvados.

En tal coyuntura llegó la noticia de su situación y valía, a la tertulia del poeta madrileño, muy liberal, pero muy afecto a la regia familia, don Manuel José Quintana, cantor insigne de los héroes nacionales, de la ciencia y de la humanidad (47), y de la que formaban parte, entre otros, Leandro Fernández de Moratín y el sacerdote don Juan Nicasio Gallego.

(42) «E.E.». VIII. Pág. 446.

(43) Arch. Mun. Oyarzun. (Sec. A. Neg. 8. Lib. 1. Exp. 3).

(44) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 105.

(45) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 99.

(46) P. Barreiro. Op. cit. Pág. 89.

(47) A. Salcedo. «La Literatura Española». Madrid, 1916. T.º III. Pág. 286.

Este grupo acababa de lanzar una revista titulada «Variedades de Ciencias, Literatura y Artes» (48). Aparecida en 1802, pudo insertar una elegía por la muerte de la Duquesa de Alba, doña María del Pilar, Teresa, Cayetana de Silva, ocasional modelo de Goya, ocurrida el 25 de julio de aquel año (49). El propio Quintana, que dirigía la publicación (50), incluyó en uno de los fascículos del cuarto tomo, primer semestre de 1804, la interesante memoria que el minerólogo alemán acababa de llevar a Madrid.

La aparente discrepancia entre el lirismo que envolvía a la tertulia madrileña, y la ciencia que incorporaba a sus textos con el paseo por el subsuelo de Oyarzun, quedaba amparada por el título mismo de la publicación, y explicada, más tarde, si se recuerda que don Manuel Quintana fue principal autor del Plan de Instrucción Pública que lleva su nombre, aplicado en junio de 1823, en el que se concedía, sobre las humanidades, preponderancia al estudio de las matemáticas y las ciencias naturales (51).

A esta serie de concomitancias debemos el que haya llegado hasta nosotros la memoria de Thalacker, y, con ella, el conocimiento de su figura, la de uno de los primeros hombres de ciencia extranjeros que, en pasados siglos, estudiaron nuestro país.

(48) A. Salcedo. «La Literatura Española». Madrid, 1916. T.º III. Pág. 288.

(49) A. Salcedo. «La Literatura Española». Madrid, 1916. T.º III. Pág. 275.

(50) L. Ballesteros. «Diccionario biográfico matritense». Madrid, 1912. Pág. 531.

(51) A. Salcedo. «La Literatura Española». T.º III. Pág. 350.

Informes
sobre
el Petunse, Kaolin y Cinabrio.
1803.

entregue judicialmente al Rey el terreno que necesita, para la explotacion de la mina de Cinabrio, que consiste en un prado, el qual se devolvera al Dueño, por el dinero que haya sido estimado, siempre que no sea util, por no ser conveniente beneficiar la mina, como asi mismo para que se entregue la madera que se necesita, por su justa tasacion, y concorra con todos los auxilios que dependa de ella.

Quando llegue à Madrid presentare à V. E. las muestras del Cinabrio, sacado de la superficie, que se parecen mucho à las de hungria, estado del Emperador de Alemania, y reconocera V. E. que merece muy bien ser registrado, con toda atencion este sitio de Cinabrio, que tanto tiempo fue disimulado con silencio: Dios que à V. E. muchos años. Llamante de Abajo y 18 de Octubre de 1803.

Exmo Señor.

Juan Guillermo Thalacker

Exmo Señor Sr. Miguel Cayetano Soler.